

via á levantar los ojos al cielo, atrajo sobre él la misericordia y la gracia de Dios.

Se debe rogar con constancia, sin cansarse jamás de la oracion. Es preciso rogar con perseverancia. Esto es lo que Jesucristo quiso darnos á entender con la parábola de un juez, que no teniendo ningun temor, ni de Dios ni de los hombres, concedió sin embargo á la importunidad de una viuda lo que habia resuelto negarle. Esto es lo que nos indicó tambien con otra parábola de un hombre, que habiendo recibido la visita de un amigo suyo, y no teniendo bastante pan, va á media noche á casa de su vecino, le ruega y le pide encarecidamente que le preste tres panes. Al principio se los niega redondamente. Idos de aquí, le dice, no es este el momento de venir. El otro no se desanima por esto, y llama á la puerta con mas fuerza que antes. Retiraos, le responde el vecino, toda la familia está acostada. Aquel hombre, por fin, tanto es lo que importuna, é insta con tanta eficacia á su vecino, que este se levanta para contentarle. *Pues bien*, dice Jesucristo (*Luc. xi, 8*), *ese hombre, que no da por razon de su amistad, da sin embargo para librarse de la impertinencia del suplicante*. Y esto nos enseña, que no debemos desalentarnos si Dios no nos oye favorablemente en el principio; que él quiere á veces ser importunado, y que únicamente se obtiene á fuerza de pedir.

Con efecto, Dios puede tener razones para diferir á veces el efecto de nuestros votos y de nuestras demandas: si él no corona desde luego nuestros deseos, es para hacernos sentir, dicen los santos Padres, el precio de sus favores; para probar nuestra fe y nuestra sumision, recompensar nuestra paciencia, hacernos mas humildes, mas vigilantes y mas atentos sobre nosotros mismos. Guardémonos bien de no murmurar jamás de su modo de proceder: seamos importunos en hora buena, pero seámoslo con humildad. Acordémonos de aquella mujer de Canaan de quien habla el Evangelio (*Matth. xv, 22*): ella grita, y Jesucristo hace como quien no la oye: ella busca protectores entre los apóstoles, y Jesucristo les responde con dureza que él no es enviado sino para las ovejas de Israel. ¿Y se desanima ella por estos desdenes? Al contrario, se obstina, se echa á sus piés, y levanta su voz dolorida. Jesucristo le responde con autoridad, que el pan de los hijos no es para viles animales: esa mujer humilde no se ofende de esta comparacion humillante: nora buena, replica ella; pero los mas viles animales aprovechan las migajas que caen de la mesa de su Señor. Esto es ya demasiado: el

mismo Jesucristo no puede resistir á una humildad tan constante. *¡Oh mujer, exclama, qué grande es tu fe! hágase contigo del modo con que lo has pedido.*

¡Cuán á propósito es este ejemplo para confundirnos, hermanos míos. ¡Ah! si reflexionáramos sobre la manera con que hemos rogado hasta ahora, ¿no es verdad que tenemos fundados motivos de temer, que nuestras oraciones, en vez de haber atraído las misericordias de Dios, no hayan merecido otra cosa que su enojo? Señor, enseñadnos Vos mismo á rogar: haced que no nos presentemos nunca delante de Vos sin haber preparado nuestra alma, sin haber reflexionado sobre lo que vamos á hacer, sin habernos penetrado bien de vuestro poder y de nuestra flaqueza, de vuestra grandeza y de nuestra nada. Iluminad nuestro espíritu durante la oracion, alejad todas las ideas que la estorban y la disipan; inflamad nuestro corazon; formad en él con las operaciones inefables de vuestra gracia los sentimientos de piedad, los buenos deseos, los gemidos interiores de una alma que os ama y que suspira por Vos. Haced que nuestro corazon desee verdaderamente lo que nuestra boca os pide; que nuestras acciones correspondan á nuestras súplicas; que os adoremos en espíritu y en verdad; en fin, que busquemos á Vos, que nos unamos enviolablemente á Vos en la tierra, y que os poseamos para siempre jamás en el cielo. AMEN.

## PLÁTICA VI.

### EXPLICACION DEL PADRE NUESTRO.

*Oportet semper orare.*  
Conviene orar perseverantemente.  
(*Luc. xviii, 1.*)

EL mismo Jesucristo dijo á sus apóstoles que convenia orar siempre, y ellos convencidos de esta necesidad pidieron á su divino Maestro que les enseñase á orar. El Señor, dándoles esta impor-

tante leccion, les enseñó el Padre nuestro. Ellos con el ejemplo del mismo Señor que oraba con frecuencia, y que aun pasaba las noches enteras orando, enseñaron despues á los fieles este mismo deber. San Pedro y san Juan en sus epístolas amonestaron con gran diligencia á los cristianos á que cumpliesen con la obligacion de orar. Y realmente, cristianos, son muchas las cosas que todos y todos los dias y á todas horas necesitamos pedir á Dios, ya en el órden temporal, ya en el espiritual principalmente. Para conseguir las, el medio no es otro que la oracion, las preces y los ruegos dirigidos al cielo en el órden, forma y manera que nos enseñó Jesucristo.

Los frutos y saludables efectos de la oracion son muchos, muy copiosos y abundantes. El primero, cumplir con un deber que todos tenemos de dar á Dios el honor y gloria que le son debidos; por eso el Profeta comparaba la oracion con el incienso que se quema en honor de Dios. El segundo, reconocernos á nosotros mismos por humildes súbditos y esclavos dependientes del Señor, lo cual se acredita en el hecho mismo de suplicarle y pedirle. El tercero consiste en que con la oracion, que es la llave del cielo, segun la llama san Agustín, hacemos que se nos abra, para que descienda sobre nosotros la misericordia del Dios á quien se dirige. El cuarto es el gozo del Espíritu Santo que resulta en el alma con la oracion: un gozo pleno y completo, cual lo prometió el Salvador. Hay otros muchos frutos que están compendiados en estos. Las partes y grados de la oracion, que son peticion y accion de gracias, el modo de orar con humildad, confianza, perseverancia, animando la fe, y reconociendo la inmensa bondad y liberalidad de Dios, y los diversos estados de hombres justos, pecadores y aun perversos y malvados, á quienes por lo mismo es imperiosa la necesidad de orar, pedir y rogar á Dios, y por último las cosas que se han de pedir ó la materia de la oracion; todo está comprendido en la sublime leccion de Jesucristo, y en lo que ya se ha repetido, y es: que conviene orar siempre y que conviene á todos, y que la oracion ha de ser la que este Señor enseñó á sus discípulos y en ellos á nosotros. Convencido, como lo estoy, de que en el Padre nuestro está todo lo mejor que se pueda decir de oracion, voy á explicaros sus peticiones; pero antes debo hacerlo de la invocacion con que se da principio á esta oracion que nos enseñó Jesucristo.

Son altamente dignas de respeto y meditacion las palabras con

que el Salvador mandó á sus discípulos que empezasen la oracion, diciéndoles: cuando oráreis debeis decir: Padre nuestro, que estás en los cielos: *Pater noster, qui es in cælis.* (Mat. vi, 9.) Estas palabras son el proemio y exordio de la oracion. Con ellas acredita el cristiano la confianza y satisfaccion que tiene en dirigir sus preces: acredita estar convencido de que va á tratar con Dios, que es su Padre. Proemio corto y lacónico en las palabras, pero muy eficaz y significativo en la realidad y en los efectos. *Padre*, decimos al Señor. Pudo muy bien el Salvador enseñarnos y mandarnos que en esta ocasion le diésemos otro nombre que indicase su poder y majestad, como el de Omnipotente, Criador, Señor; pero para inspirarnos confianza y amor, solo quiso que le apellidásemos *Padre*. ¡Qué nombre hay en el mundo que signifique mas la indulgencia y la caridad que el hijo interpela con alegría y placer!

Pero ¿cuáles son las razones porque llaman los hombres á Dios con el dulce nombre de Padre? ¡Oh! son muchas y muy justas. La creacion, el gobierno, la redencion: por la creacion el hombre fué hijo de Dios que le dió el ser y la vida; por el gobierno que tiene el Señor sobre el hombre y sobre el mundo, por el cual ocupa su providencia y cuidados, por decirlo así, en proporcionar al hombre lo que le es preciso y necesita, poniéndole á cada uno su custodio, su ángel que le guarde de peligros, que le defienda, haciéndose como nuestro ayo y tutor; por la redencion que nos dispensó, viéndonos perdidos en el laberinto del mal y del pecado, reintegrándonos á costa de su misma sangre en los derechos de hijos, que habíamos perdido: todos estos son títulos sobrado justos para que llamemos Padre á nuestro Dios.

Pero no solo le llamamos y debemos llamar Padre por las razones y títulos insinuados, sino que en plural le decimos *nuestro*. Damos á entender, y de esto debemos estar persuadidos todos y cada uno cuando oramos, que no es él solo por quien va á pedir, sino por toda la congregacion de los fieles, de la que es Dios el Padre comun. Así con la voz *nuestro*, indicamos implícitamente la unidad, la fraternidad, la comunión de oraciones y méritos. Y no nos debemos avergonzar y retraer de esta invocacion, en que incluyamos á los demás hermanos nuestros, cuando segun el Apóstol, el mismo Señor llamaba á los fieles sus hermanos, como en su nombre lo decia el profeta David: *nunciabo nomen tuum fratribus meis*: y despues de su gloriosa resurreccion previno á las mujeres que fuesen á anunciarla á sus hermanos, para que se reuniesen en Galilea, en donde

le verian: *Ite, nunciate fratribus meis ut eant in Galileam, ubi me videbunt.* (Mat. xxviii, 40.)

Estamos obligados á orar no solo por nosotros, sino por nuestros hermanos; porque Dios oye con gusto al cristiano que le pide por sí y por los demás; el orar por sí es una cosa natural; el orar por otro es una gracia; por sí necesidad, por otro fraterna caridad. Así pues, todos, de toda edad, género y orden están obligados á tener presente en sus oraciones esta union y hermandad, y no creerse ni hacerse preferibles y superiores á otros con insolencia. Los diversos grados que hay en la Iglesia no excluyen la igualdad de hermanos. Solo en la Religion y en la Iglesia, por la doctrina del Evangelio, es en donde existe la verdadera igualdad. Ante Dios, y en la oracion, el rey es lo mismo que un vasallo suyo pobre y humilde. Los méritos verdaderos que distinguen ante Dios á los hombres son las virtudes, no las dignidades y oropeles del mundo; antes por el contrario estos, si no se igualan en justa proporcion con las virtudes, servirán á los que los tienen de un grave cargo en la presencia de Dios. Los ricos y los pobres, los grandes y los pequeños son lo mismo hijos de Dios, y tienen igual derecho á llamarle Padre. Uno es el espiritual nacimiento de todos, una la dignidad, uno el esplendor, cual es el haber sido reengendrados por el agua y el Espíritu Santo. No tienen los poderosos y ricos otro Jesucristo por Dios y padre, que el de los pequeños y pobres; no reciben otros sacramentos ni otras gracias, ni esperan otra gloria los unos, mas que los otros. El Apóstol escribiendo á los Gálatas (iv, 47) decia: «Todos sois hijos de Dios por la fe en Jesucristo: pues todos los que habeis sido bautizados en Cristo, estais revestidos de Cristo: y ya no hay distincion de judío, ni griego, ni de siervo, ni libre; ni tampoco de hombre, ni de muger; porque todos sois una cosa en Jesucristo.» Así pues, hermanos míos, en la oracion al invocar á Dios por Padre y padre nuestro, confesamos esta fraternidad é igualdad, que nos hace ser todos hijos de Dios y hermanos, y pedir no solo por nosotros, sino por los demás.

Empezando así la oracion, preciso es meditar la infinita bondad del Señor que nos ha querido elevar por su misericordia á una altura y dignidad, que jamás pudo ni debió prometerse el hombre pecador: á la de hablar con Dios no como siervos, sino como hijos; no con timidez y cobardía, sino con aquella confianza y amor que lo hacen los hijos queridos con su padre. Tambien es preciso para esta confianza y amor, que las obras y las intenciones

y los deseos del corazon vayan de acuerdo con las buenas cualidades de hijos: el Apóstol nos lo encarga y nos lo exhorta, diciendo: «sed imitadores de Dios, como hijos queridísimos, para que de todos pueda decirse lo que concluye el mismo: Todos vosotros sois hijos de la luz, é hijos del dia: *omnes vos filii lucis estis, et filii diei.* (1.ª Tesal. v, 5.)

Concluye el exordio de la oracion con estas palabras: *que estás en los cielos.* Vamos á examinar las razones de esta confesion. Siendo así que Dios está en todas partes, ¿cómo es que decimos que tiene en el cielo su peculiar domicilio? La razon es bien obvia. Dios, como que es puro espíritu, no puede ser dividido en partes, para con una ocupar un lugar y con otra otro, sino que por su inmensidad está todo en todas: sin embargo las divinas Letras le dan siempre su especial asiento y trono de majestad en los cielos, en razon á ser estos la parte más admirable y hermosa de la creacion. Para excitar los hombres á contemplar su poder y majestad, que resplandece mayormente en la obra de los cielos, él mismo en las santas Escrituras testifica que habita en los cielos.

Los fieles deben meditar en esta parte tambien que su Padre comun y Soberano tiene una corte espléndida, sublime y magnífica, labrada y adornada con todo el poder de su diestra omnipotente, y con todo el gusto de su infinita sabiduría, en donde habita con especialidad, y espera á sus hijos. Entended que en su oracion, aunque pidan cosas buenas, necesarias y útiles para el uso de la vida, estas han de estar acordes con los bienes celestiales, con el fin último y mas apreciable que es el de llegar á ver y á unirse con nuestro Padre Dios, en los cielos. Toda peticion y oracion que no se encamina á este fin es inútil é indigna del cristiano.

Ved ya, cómo en las primeras palabras y exordio de la oracion dominical, ó del Padre nuestro, que es la que nos enseñó Jesucristo, se contienen lecciones y documentos altamente interesantes y cristianos. Esta primera y prévia meditacion estoy por decir que vale por todas las peticiones y oraciones. Reflexionad mil y mil veces despacio la elevacion de conceptos sublimes que abrazan estas palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos.* Invocad con devocion, con humildad y confianza al Padre celestial, confesándole y creyéndole por vuestro y de todos los cristianos de quienes sois hermanos: llegad á él con el amor y tierno cariño de hijos, bien seguros de que él os ama y nunca de vosotros se desentiende, ni olvida, y que oirá benigno vuestras oraciones, si confesando que

él está en los cielos, se encaminan allí todas las cosas que le pedís, todas las intenciones, deseos y anhelos de vuestra vida. Ojalá que así lo hagáis, y que el Señor nos lo conceda en la eterna gloria. AMEN.

## PLÁTICA VII.

### PRIMERA PETICION.

*Sanctificetur nomen tuum.*  
Santificado sea el tu nombre.  
(Math. vi, 9.)

QUE debemos pedir á Dios y con que orden, el Maestro y Señor de todos lo enseñó y mandó. Porque siendo la oracion el nuncio é intérprete de nuestro deseo, se lo pediremos en razon y rectitud, cuando el orden de lo que pedimos siga el que es mas natural de las mismas cosas. Así pues, este orden es el de la verdadera caridad; y el orden de la caridad es dirigírnos á Dios antes que á nosotros, y á ninguna de las criaturas. Entre todos los bienes ninguno es primero y mayor que Dios, porque es el bien sumo, el único y verdadero que de derecho debe amarse, y es justo y lícito amar. Pero es preciso entender que á este Dios para amarlo, se ha de buscar y anteponer su honor y gloria á todas las cosas. Todos nuestros bienes, y los ajenos y todos los que merecen el nombre de bien cedan, á no dudarlo, á aquel que es el mayor de todos y del cual todos proceden. Por estas consideraciones, para que nuestra oracion procediese en orden, quiso y mandó el Salvador, que la primera de todas nuestras peticiones se dirijiese á obtener el bien sumo, el que puede y debe únicamente llenar los deseos de nuestra alma, lo que cede en honor de Dios.

Con ella pedimos que el nombre del Señor sea santificado; si se nos concede lo que aquí pedimos, se nos concederán las demás cosas, los deseos purísimos y santos del mismo Jesucristo y de todos los santos lograrán su efecto. Pero como el deseo y peticion que siempre se

hace es de cosas que no tenemos, ó que no existen, parecerá monstruosa é irregular en algun sentido la peticion de que el nombre del Señor sea santificado, cuando no es posible dudar que al honor, gloria y santidad de Dios nada falte, ni sea posible que quepa en la fe de ningun cristiano, el creer que á la naturaleza divina puede faltar, ni allegársele nada. Precisa es aquí una explicacion é inteligencia clara, para que ninguno sea inducido en error al dirigir al Señor sus oraciones. Pedimos, pues, cuando decimos que el nombre de Dios sea santificado, que sea conocido de todas las gentes; que su reino se extienda y amplifique; para que cada dia se aumente el número de los que le adoren y obedezcan. Tres cosas, nombre, reino y obediencia, ó tres bienes que al mismo Dios nada dan, sino que son realmente para el mundo.

Aquellas palabras, *así en la tierra como en el cielo*, que se rezan despues, se pueden referir y tienen relacion con las tres primeras peticiones: de suerte que cuando decimos en la primera: *santificado sea el tu nombre*, debe entenderse, *así en la tierra como en el cielo*: cuando seguimos: *venga á nos el tu reino*, tambien se entiende, *así en la tierra como en el cielo*: y en fin cuando concluimos: *hágase tu voluntad*, se añade y es debido añadir: *así en la tierra como en el cielo*.

Hacer la explicacion y aplicacion á la primera de las peticiones de esta doctrina del Catecismo romano, es lo que hoy me propongo. Debo hoy daros la verdadera y legitima inteligencia de estas palabras y peticion: *santificado sea el tu nombre*; puesto que conocéis que no es posible que á Dios se le santifique del propio modo entre los hombres, como entre los ángeles; solo si en nosotros lo que cabe es el deseo, el estudio y el anhelo de esforzarnos á que así suceda. ¿Qué deberemos hacer para conseguirlo? Hé aquí la materia de esta explicacion.

Aunque es verdad que el nombre divino no necesita por sí de santificacion, porque es santo y terrible por su misma naturaleza, y está adornado de toda santidad *ab eterno*; sin embargo como este santo nombre es ofendido y ultrajado á veces, y con mas frecuencia que lo que fuera de creer, con maldiciones y voces nefandas, y se le dá en la tierra un honor mucho menor que el que se le debe; por esto deseamos y pedimos, que sea celebrado con alabanzas, honor y glo-

ria á ejemplo del que se le tributa en los cielos; eso es, que el honor, el culto del Señor se apodere de nuestra imaginacion, de nuestro corazon y de nuestra boca, de suerte que se lo tributemos con toda veneracion interna y externa, y que á imitacion de los bienaventurados abracemos con todo afecto y amemos con toda el alma á nuestro Dios santo, puro y excelso. Como los ángeles se glorian y honran, y tienen todo su placer en alabar á su Dios, así nosotros en la tierra lo hemos de procurar; así nosotros nos hemos de esforzar para que lo hagan todas las gentes; para que lo conozcan, le den culto y veneren; de suerte que no quede ningun mortal que no reciba la Religion cristiana, y que dedicándose y entregándose al amor y culto del Dios verdadero, crean que él es la fuente de toda santidad, y que no hay en el mundo nada santo y puro que no descienda de la santidad de este Señor.

Pero me preguntaréis, ¿cómo es posible que el nombre de Dios sea santificado entre los infieles que no le conocen? Hé aquí en lo que debe mostrarse nuestro celo y nuestros esfuerzos. Dice el Apóstol, que la Iglesia fué lavada y purificada con *la palabra de vida*: y significa con esto, que el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, en que fuimos bautizados es *la palabra de vida*, que hemos de transmitir á los infieles: mas claro; haremos que entre ellos sea santificado el nombre del Señor, trabajando para que se bauticen, le conozcan y entren en el gremio de su Iglesia. No menos pertenece nuestro deseo y peticion á aquellas gentes malvadas, que aunque son cristianas, han perdido la santidad del Bautismo, con los muchos pecados que han cometido, y con sus costumbres perversas. De estos lo que pedimos es su conversion, arrepentimiento y penitencia.

Todos los hombres pueden santificar en sí mismos el nombre de Dios, si cuanto hay y existe para ellos en el cielo y en la tierra, en la naturaleza, en el universo y en la sociedad, conocen y confiesan que viene de su mano, que por él se hace y que él lo inspira, ordena, manda ó permite: y esto es una verdad innegable. El sol sale y fecunda la naturaleza con su calor, y alumbrá con sus rayos, porque Dios lo hizo, y le conserva para esto: la lluvia desciende á regar los campos y á dar refrigerio á los hombres, porque Dios la envía. ¿Quién nos impide que cuando vienen estos beneficios, santifiquemos al Señor y su santo nombre, por ellos? La salud, y lo que es más y antes, la vida, se la debemos; y le debemos todos los días la conservacion de dones tan preciosos. ¿Por qué no se los hemos de agra-

decir? Los males tambien, y las desgracias de todo género de Dios vienen, porque las permite para nuestra correccion y ejercicio; y en ellas ¿no hemos de imitar al santo Job, diciéndole: Señor, sea vuestro nombre bendito? Los bienes que nos resultan de la sociedad en que vivimos; el buen orden y paz que en ella disfrutemos, las cosas favorables que nos ocurran, aunque vengan de los hombres; ¿quién es su verdadero autor, sino Dios? Pues justo es que por ello santifiquemos su nombre.

Pero lo que mas nos debe estimular á santificarlo, es el beneficio incomparable que nos ha hecho, poniéndonos y adoptándonos por hijos suyos en su santa Iglesia. En ella se nos dispensan y administran los santos sacramentos, que son la fuente de toda santidad comunicada por los méritos del Redentor; y en ella se nos dan lecciones, auxilios y socorros espirituales en todas las ocasiones y vicisitudes de la vida, para que podamos salvarnos, que es el bien supremo sobre todos los bienes: justo es que por esto santifiquemos el nombre del Señor, y tengamos un deseo ardiente, y pidamos que todos lo santifiquen.

Debemos santificarle por los pensamientos, excitando en nosotros sentimientos interiores de reverencia, de adoracion y de amor, y temiendo sobre todas las cosas ofenderle. Debemos santificarle por las palabras, testificando exteriormente el respeto interior con que le reverenciamos y adoramos, y procurando inspirar este mismo respeto á otros. Debemos, en fin, santificarle por las obras, dando buen olor de santidad á todos con una vida ejemplar que excite á los hombres á alabar á Dios, é imprima en ellos una alta idea de la santidad de nuestra religion; pues los que viven conforme á sus máximas, y ajustan sus obras á las reglas del evangelio dan á sus próximos ocasion para honrar el nombre del Padre celestial, para engrandecerle y glorificarle. Por esto decia el Salvador: «Brille de tal manera vuestra luz ante los hombres, que glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos.» (Mat. v, 16.) Y el príncipe de los apóstoles nos exhorta á llevar una vida ajustada entre los hombres, «á fin de que, reflexionando sobre las obras buenas que vieren en nosotros, glorifiquen á Dios en el día en que el Señor se digne visitarlos por su gracia.» (I. Pet. ii, 12.)

Lo habeis entendido, hermanos míos? Qué decís á vista de esto? Santificais así el nombre del Señor? ¡Ah! pluguiera al cielo que no se pudiera decir de vosotros lo que de los romanos decia el Apóstol: «Vosotros sois la causa de que el nombre de Dios sea blasfemado.»

Al presente viven los cristianos vida de gentiles, y lo acreditan con sus obras y con sus palabras. Sin embargo, no se horrorizan de decir cada dia, acaso por rutina, *santificado sea el tu nombre*. O no lo entienden, y no saben lo que se dicen, ó se quieren burlar del Señor: uno y otro es á cual mas culpable é inicuo. Así pues, ved, señores, y reflexionad bien lo que decis en esta peticion, y lo que haceis para cumplirla, y que vayan de acuerdo con las palabras vuestras obras y vuestros deseos; sino mentís y os engañais á vosotros mismos. Para que dignamente se cumpla y sea una verdad esta peticion, santificaos vosotros, y entonces con mas pureza se encaminarán los deseos de la alabanza del Señor y de su santo Nombre. De todas maneras y siempre santifiquémosle de veras todos los instantes de nuestra vida, y de esta suerte tendremos la dicha de santificarle por toda la eternidad con los ángeles en la gloria. AMEN.

### PLÁTICA VIII.

#### SEGUNDA PETICION.

*Adveniat regnum tuum.*  
Venga el tu reino. (Math. iv, 10.)

EL reino de Dios es el reino celestial, y este reino ya se aproximó en los dias de san Juan Bautista, puesto que de su proximidad tomó el argumento para exhortar á la penitencia. Del propio modo empezó su predicacion el Salvador del mundo; en aquel admirable sermón del monte: para alentar á sus discípulos á que ganasen la bienaventuranza, los estimuló prometiéndoles en premio de sus virtudes el reino de los cielos, que es la bienaventuranza misma. En otra ocasion, queriendo ellos detenerlo les dijo, que convenia ir á anunciar á otras ciudades el reino de Dios; porque para eso habia sido enviado. Este mismo reino fué el que mandó á sus apóstoles que predicasen, y á aquel que deseaba ir á enterrar á su padre, le contestó: Deja á los muertos que entierren á sus muertos; tú anda y anuncia el reino de Dios. En fin, despues de resucitar, en los cuarenta dias que an-

duvo entre sus discípulos, nos dice el Evangelio, que les hablaba del reino de Dios.

Por tal y tanto empeño como Jesucristo, nuestro Señor y Maestro, ponía en predicar el reino de su Padre, á los predicadores de su santa doctrina toca explicar á los fieles de continuo la inteligencia de este santo reino, y hacer que lo conozcan, amen y deseen. Y á la verdad esta peticion separada de las otras, é inculcada tanto, indica desde luego la suma importancia de su contenido. Es esto tan cierto, que el mismo Señor nos la presenta como lo mas interesante de todo: «Buscad, dice, el reino de Dios y su justicia lo primero, y todas las demás cosas se os darán por añadidura.» (Matt. vi, 33.) No se puede dudar que en este reino de Dios se contiene tanta copia y abundancia de dones celestiales, que abraza é incluye todo cuanto dice relacion con la conservacion de la vida corporal y espiritual. ¿A qué rey, digno de este nombre, hallaremos que no cuide de la salud de su reino? Y si los reyes de los hombres cuidan de su reino, no lo hará el Rey supremo é inmortal de los siglos? ¿No los excederá en defensa, proteccion y amparo para procurarles la vida y la salud? En esta peticion del reino de Dios, repito, están comprendidas todas las cosas que podemos desear y pedir á Dios en este destierro, en este valle de lágrimas y miserias, en que tanto es lo que necesitamos: puesto que todo se nos dará por añadidura, segun la solemne y consoladora promesa de Jesucristo. Pues con estas palabras declaró que él era aquel rey que da en abundancia al género humano todas las cosas: afianzado David en tal promesa cantaba: «El Señor me dirige, nada me faltará: el Señor es mi rey, todo lo tendré cumplido.»

Aunque podríamos decir que en esta corta exposicion estaba ya explicado en compendio todo lo que hay que saber acerca de las palabras del Padre nuestro, que hoy nos ocupan, el Catecismo romano, al que queremos seguir esta vez literalmente, se extiende á muchos pormenores útiles; y de ellos os voy á dar uno por uno el conocimiento debido: primero habla de los motivos de esta peticion: segundo de las diversas significaciones que tienen las palabras *el reino de Dios*: tercero qué sea lo que de entre ellas pidamos ó debamos pedir: cuarto qué debamos meditar y desear con motivo de esta peticion. Procederé por su orden.

Empezando por los motivos que nos deben mover á pedir al Se-